

El diálogo, camino para la Iglesia

Guía de trabajo para los seminarios

XLIV SEMANA SOCIAL



Semanas Sociales



COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA
PASTORAL SOCIAL Y PROMOCIÓN HUMANA

Subcomisión Episcopal para
la Acción Caritativa y Social



Presentación

En la XLIII Semana Social celebrada en 2021, abordamos el tema: “La regeneración de la vida pública. Una llamada al bien común y a la participación”. Son abundantes los diagnósticos de los expertos y de los numerosos encuentros pastorales sobre el contexto social y evangelizador en el que nos movemos en la Iglesia española. Por una parte, los cambios en nuestra sociedad, como trataremos más adelante; por otra, a partir de la aportación de la Asamblea Sinodal de la Conferencia Episcopal Española, nos situamos como “Iglesia en camino” y cuyo protagonista es la voz del Espíritu: “Los cristianos no podemos vivir como si fuéramos una realidad social ajena a este mundo. Debemos caminar junto con la sociedad actual y ello implica esforzarnos por abrirnos a todos. Una resonancia especial posee la necesidad de mostrarnos como Iglesia que escucha y acompaña” (“Síntesis de la fase diocesana del Sínodo sobre la sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España”. Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 11 de junio de 2022).

Documentos de Doctrina Social de referencia

- PABLO VI. Carta Encíclica *Ecclesiam suam* (1964).
- FRANCISCO. Carta Encíclica *Fratelli tutti* (2020).
- PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”. COMPENDIO DE DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA (2004)
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (2023). *El Dios fiel mantiene su alianza (Dt 7,9)*.



Contexto actual

Una sociedad inmersa en numerosas polarizaciones y desencuentros

Existen datos suficientes que evidencian que, tanto la crisis de 2008, como la generada por la pandemia (o la derivada por la guerra de Ucrania), han concentrado sus efectos más inmediatos en la población con niveles de renta medio-bajo. Por su parte, los posteriores procesos de recuperación económica han alcanzado antes a las rentas del capital que a las del trabajo, lo cual contribuye al incremento de los niveles de desigualdad en nuestro país.

Se confirma así cierta debilidad estructural de nuestro modelo económico, tal y como señalaba en 2015 la Conferencia Episcopal Española: «*Parecía que todo crecimiento económico, favorecido por la economía de mercado, lograba por sí mismo mayor inclusión social e igualdad entre todos. Pero esta opinión ha sido desmentida muchas veces por la realidad*» (Instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, 15).

En este sentido, es aceptado que existe un riesgo de desaparición de las clases medias. Si bien este riesgo cristalizará, en mayor o menor medida, en función de cómo transcurran los acontecimientos a lo largo de las próximas décadas, lo que está claro es que los procesos de crisis generan un efecto de **polarización socioeconómica** en la que se abren fracturas dentro de nuestra sociedad, las cuales necesitan puentes —cada vez más sólidos y largos— que permitan acercar las *dos sociedades* que han ido configurándose y distanciándose con el paso del tiempo.

Junto con este proceso de carácter económico, asistimos también a uno de naturaleza **política y cultural** en el que puede apreciarse una polarización (en muchas ocasiones, inducida), tanto ideológica como emotiva. Estos procesos han aumentado en los últimos años y el riesgo de esta polarización es el potencial alineamiento progresivo de la sociedad en torno a diferentes grupos e **identidades excluyentes entre sí**, en la medida en la que se despiertan convicciones y sentimientos de hostilidad hacia aquellos con los que no nos identificamos,



lo cual deriva en posturas extremas irreconciliables y en la consolidación de los populismos.

En este sentido, como única alternativa al conflicto surge la tecnificación (solo los datos son la alternativa al mismo), renunciando al diálogo como metodología de construcción comunitaria.

Sin duda alguna, este nivel de **polarización** -en muchas ocasiones, incluso de crispación- se ve también presente **en el ámbito religioso**, especialmente cuando se aborda una cuestión clave: la identidad.

Así lo constata también el documento de la Síntesis de la CEE para la Etapa Continental Europea, afirmando que “detectamos que las mismas polarizaciones existentes en la sociedad laten en el seno de la Iglesia...”

En la vida cristiana, la relación entre identidad y diálogo es fecunda. La identidad cristiana no es una identidad cerrada o fija, como si fuera una sustancia al margen del tiempo o de la historia humana.

A diferencia de quienes mantienen posiciones cerradas (porque plantean las identidades al margen del tiempo, de la experiencia humana y del diálogo), la identidad cristiana se nutre de la experiencia histórica y el diálogo sincero. Frente a posiciones fragmentarias o relativistas (que desprecian la continuidad, la coherencia y la fidelidad al Evangelio), la identidad cristiana se nutre del compromiso e identificación con un sólido proyecto de vida buena.

Si la polarización surge en distintos ámbitos, tal y como hemos mencionado (económico, político-cultural, religioso...), la pregunta que surge entonces es sobre **el tipo de relaciones que estamos construyendo**. Así, nuestro modelo de sociedad cataliza, de alguna manera, un proceso sostenido en el tiempo de **fragmentación social** en el que la persona es y debe ser autosuficiente. Este proceso, se ve favorecido en parte por la desconfianza con la que nos hemos pertrechado a lo largo de las últimas décadas (propia de la posmodernidad). Entonces, **la vida en la esfera pública se vive con sospecha** (por ser poco eficaz, o por convertirse en un espacio de corrupción, de inoperancia y de dilapidación de recursos), lo que refuerza esa autosuficiencia inducida, que, sin duda alguna, beneficia a los más fuertes y deja al descubierto a quienes tienen mayores dificultades.

Asistimos a un modelo que se asienta sobre **instituciones desacreditadas de manera constante**. Por otra parte, el rol que desempeñan en términos de cohesión y de impulso de una cultura de diálogo resulta imprescindible, por lo que el debilitamiento de estas, contribuye a la polarización cultural mencionada anteriormente.

Con respecto a las relaciones sociales, la **empatía** se diluye e incluso llega a desaparecer, y algunos espacios de relación cotidiana como las redes sociales fo-



mentan la invisibilidad *del otro*. Las utilizamos para mostrar nuestras opiniones y esperamos que estas sean *aplaudidas*, pero no las manejamos como herramientas de diálogo o de acercamiento de posturas. Son espacios de comunicación unidireccional donde nos expresamos, en ocasiones, sin medir las consecuencias que generan en los demás. Si bien acortan distancias en la medida en la que nos relacionamos con personas que se encuentran a miles de kilómetros de distancia, levantan un muro invisible que nos distancia de los demás, impidiendo su reconocimiento y la posibilidad de ponernos en su lugar de cara a establecer un diálogo valiente. Además, evidencian cierta obsesión por conseguir contactos, seguidores o pseudo-amigos. No se trata de construir espacios de reflexión o diálogo de calado, sino de lugares en los que el juicio y el desahogo sean la forma de comunicación habitual.

Además, los adolescentes -y los jóvenes en general- quedan expuestos (indefensos) a las opiniones e incluso a los desahogos de otros. La necesidad de una identidad (aunque sea digital) introduce cierta presión encubierta, a causa de un elevado nivel de sometimiento al juicio externo.

Una sociedad con sed de diálogo y sentido

El diálogo es una necesidad social que descubrimos y reconocemos en los diferentes ámbitos de nuestra vida cotidiana. El valor de la escucha, del encuentro y de la palabra compartida son tan necesarios como la lluvia para los campos o el agua para los pantanos y la vida. Si nuestro enfoque se extiende al planeta y al conjunto de la creación, comprobamos que sobran guerras, conflictos y destrozos de recursos naturales. Por ello, necesitamos instituciones internacionales que transmitan confianza y promuevan el diálogo en todos los niveles. Necesitamos liderazgos institucionales que trabajen por la unidad de la familia humana y dejen de lado intereses particulares o fragmentarios. Necesitamos instituciones locales y nacionales que no le den la espalda a los pueblos y las gentes, es decir, instituciones que promuevan una cultura del encuentro o del diálogo.

También lo vemos a nivel personal, pues en ocasiones necesitamos una palabra sanadora, alguien que nos escuche o consuele, alguien con quien compartir una conversación o un silencio. Como personas que anhelan felicidad, plenitud y sentido, necesitamos fortalecer nuestra capacidad para la escucha y el diálogo. Necesitamos acercarnos como personas a todo lo que significa el diálogo porque reducidos a la categoría de objetos o simples consumidores, nuestras vidas aparecen aceleradas, mecanizadas, desarmadas y rutinizadas, con sed de quietud en la palabra, en la conversación y el diálogo sincero.



El diálogo también se plantea como **una necesidad antropológica** básica: nos permite descubrir dimensiones ocultas de nuestra personalidad, nos pone en contacto con los demás evitando el aislamiento e individualismo, nos recuerda el carácter personal y dialógico de la espiritualidad cristiana. Con ello nos permite discernir y descubrir que no todas las espiritualidades son abiertas, dialogantes y humanamente enriquecedoras.

Esta apertura antropológica no debe difuminarse en mera construcción cultural que anule la condición humana esencial. El ser humano es naturaleza y cultura, sin que pueda ser eliminada ninguna de ambas dimensiones, aunque sí estar sujetas a diversas modulaciones históricas. El diálogo también puede contribuir al fortalecimiento de experiencias de compromiso y ayudarnos a descubrir el verdadero valor humano de las ofertas de sentido o espiritualidad que socialmente se nos ofrecen.

Por último, necesitamos reflexionar también en qué medida **la Iglesia** se ve afectada por estas circunstancias (tanto interna, como externamente), y en qué medida también **participa en la construcción de una sociedad que dialoga**.

La Asamblea Sinodal de 2022 ya detectaba como valoración común que existe *"una clara fractura entre Iglesia y sociedad. Aquella es vista como una institución reaccionaria y poco propositiva, alejada del mundo de hoy. En parte, consideramos que la responsabilidad es nuestra, porque no sabemos comunicar bien todo lo que somos y hacemos. Esta imagen de la Iglesia nos duele – porque la amamos– y, en cierto sentido, la sensación de que no llegamos a la sociedad y de que los prejuicios contra la Iglesia son insalvables nos conduce a un profundo desánimo que dificulta la presencia evangelizadora y transformadora de la realidad"* (*"Síntesis de la fase diocesana del Sínodo sobre la sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España"*. Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 11 de junio de 2022).

No somos Iglesia para nosotros mismos, sino para los demás... Debemos caminar junto con la sociedad actual y ello implica esforzarnos por abrirnos a todos, por ser una Iglesia que escucha y acompaña y por ser capaces de construir co-



comunidades. Para la construcción de un diálogo que nos permita avanzar en este sentido es necesario propiciar un ambiente de libertad y de reconocimiento, que no debe conllevar en ningún caso la renuncia a nuestra identidad.

La Iglesia, de la que nos sentimos miembros, debe acercarse a los hombres y mujeres de hoy, sin renunciar a su naturaleza, ni a la fidelidad al Evangelio, estableciendo un diálogo con otros actores sociales, con el fin de mostrar su rostro misericordioso y contribuir a la realización del bien común. Somos Iglesia viva y alegre al servicio de la misión, pero hemos de manifestarlo a todos. Al mismo tiempo, esa presencia en la realidad puede ayudarnos a escuchar la voz de Dios en la vida social para atender mejor los desafíos que nos plantea. En definitiva, **la Iglesia sigue estando llamada a hacerse presente en la Historia.**

Esta presencia dialogante en la sociedad forma parte de la misma esencia de la Iglesia, la cual es diálogo, como dijo San Pablo VI: *“La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio”* (Ecclesiam suam 34 – en adelante ES). Un diálogo cuyo origen está en el mismo Dios. Efectivamente, la revelación, es decir, la relación de Dios con la humanidad puede representarse en forma de diálogo. La historia de la salvación narra precisamente ese largo diálogo de Dios con la humanidad a través del cual Dios se da a conocer y manifiesta su deseo para la humanidad (cf. ES, 35).

Como podemos ver en el encuentro de Jesús con la Samaritana donde descubrimos a alguien que sabe dialogar amistosamente con una mujer perteneciente a un pueblo enfrentado a los judíos. Un diálogo que comienza por escuchar el sufrimiento y las “razones” del otro, para restaurar la vida de las personas (cf. Jn 4,5-42)

En consecuencia, decir que **la Iglesia es diálogo** es decir que, en sí misma, en su más profunda esencia, es diálogo de Dios con la persona y de la persona con Dios, y diálogo entre las personas, entre todas las personas. A veces nuestras comunidades cristianas están *“más centradas en sí mismas que en abrirse a todas las personas que habitan el territorio en el que se ubican. En particular, aunque los laicos son conscientes de estar llamados a hacerse presentes en la vida pública, cuesta atender esa tarea, en parte porque no sienten el apoyo y el acompañamiento de la comunidad. Se anhelan líderes cristianos en los diferentes ámbitos de la vida pública –política, economía, educación, cultura...– y se ve imprescindible impulsar procesos de formación de estos laicos cristianos que viven la caridad política, así como de acompañamiento en el desarrollo de sus tareas”* (*“Síntesis de la fase diocesana del Sínodo sobre la sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España”*. Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 11 de junio de 2022).



Condiciones y criterios para el diálogo

La Iglesia, en su desarrollo interno, es sinodalidad, que *"construye camino juntos"* en escucha, diálogo y discernimiento. Por ello, **el diálogo no es un mero ejercicio de conversación**, de puesta en común de puntos de vista diferentes o de búsqueda de un consenso práctico para planificar la acción. Dialogar, en la perspectiva del pensamiento social de la Iglesia, es *"un camino perseverante, hecho también de silencios y de sufrimientos, capaz de recoger con paciencia la larga experiencia de las personas y de los pueblos"* (Fratelli tutti, 50 – en adelante FT). En este camino perseverante y complejo es conveniente destacar algunas condiciones y criterios esenciales que nos ayuden a establecer un diálogo profundo y constructivo.

El diálogo **requiere de circunstancias y condiciones que lo hagan posible** y viable. En un mundo desvinculado de las relaciones con Dios, con nuestro propio cuerpo, con las otras personas y con la realidad en toda su complejidad (social, ecológica, cultural, religiosa, etc.) es harto complejo generar condiciones para el diálogo. La desvinculación extrema nos aparta del encuentro, de la palabra y del esfuerzo por construir un proyecto común. En un clima de polarización extrema es muy difícil construir puentes para el diálogo. La cultura de la confrontación, la indiferencia hacia los otros y la descalificación programada de antemano hacen poco viable construir la cultura del encuentro. Además, **construir diálogo en una reinante cultura del descarte es una labor compleja**.

Cuando partimos de un mundo donde "los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes»" (Evangelii gaudium, 53 – en adelante EG) estamos quitando la palabra a millones de personas. Por ello, la cultura del diálogo, como constructora de encuentro inclusivo, comienza por crear las condiciones para la participación de las personas expulsadas y descartadas. El diálogo debe crear condiciones de justicia para la participación de todas las personas, especialmente los empobrecidos, porque *"sin ellos la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino"* (FT, 169).



Las condiciones para el diálogo, romper la polarización y construir puentes inclusivos, se acompañan de una serie de criterios que nos pueden ayudar a iniciar un auténtico “diálogo persistente y corajudo” (FT, 198). Estos criterios, que pueden ser enriquecidos y ampliados, construyen un marco y un itinerario básico y son fuente y método para la acción.

- El diálogo es una práctica que **busca la verdad** (cfr. FT, 212). En todo diálogo se dan diferentes puntos de vista, perspectivas múltiples, aportes de diferentes disciplinas y argumentos que expresan convicciones plurales. La diversidad es un *“tesoro de la humanidad”* (Laudato si’, 144 – en adelante LS) de la que debemos aprender, enriquecernos e intentar comprender. Ahora bien, esta pluralidad no debe ocultar el anhelo de, al menos, la búsqueda de *“algunas verdades elementales que deben y deberán ser siempre sostenidas”* (FT, 211).
- Por ello, el diálogo **no exige la renuncia a la propia identidad**, sino que esta se ve enriquecida en la práctica de la relación dialógica. Ni renuncia a la identidad, ni cerrazón en la misma son claves básicas para el arte de dialogar. *“La propia identidad cultural se arraiga y se enriquece en el diálogo con los diferentes y la auténtica preservación no es un aislamiento empobrecedor”* (Querida Amazonía, 37)
- El diálogo carece de sentido si no está orientado a la **búsqueda del bien común**. El diálogo no es un ejercicio que pretende imponer puntos de vista, ni lograr beneficios particulares para personas o grupos, sino el intento de lograr *“una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones”* (EG, 239).
- Esta búsqueda de la verdad y la orientación al bien común nos exige diálogos con perspectiva amplia, fundamentados desde una perspectiva **interdisciplinar** (cfr. LS, 197). Cuando estrechamos el horizonte a una sola rama del saber y a una mirada única perdemos visión integral de la realidad.
- Un aspecto esencial para el desarrollo de un diálogo profundo es la **capacidad de escucha** (cfr. FT, 48). Sin escucha serena, actitud abierta y contacto cercano es muy difícil crear un contexto de diálogo. *“Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo «dialogar»”* (FT, 198). Cuando desaparece la capacidad de escucha y nos centramos en defender nuestro juicio generamos espacios polarizados que no conducen a la palabra orientada a la verdad y al bien común, sino a la palabra defensiva que destruye puentes en vez de construirlos.
- Esta capacidad de escucha presupone que el diálogo necesita **tiempo, confianza y paciencia**. El diálogo se cocina a fuego lento y no a velocidad de microondas. El diálogo es falseado cuando no se despliega desde la paciencia, la confianza (cfr. FT, 134) y la persistencia (cfr. FT, 198).



- Cuando dialogamos, nuestro punto de vista **se expone y arriesga**. Dialogar supone un ejercicio profundo de comprensión de las razones y argumentos del otro, aunque no aceptemos su planteamiento de manera global, porque hay que aceptar *“la posibilidad de que encierre algunas convicciones o intereses legítimos”* (FT, 203) que lleguen a poner en cuestión nuestra posición.

Ámbitos y espacios para el diálogo

1. En la vida cotidiana también comprobamos la importancia y **valor del diálogo** en el conjunto de nuestras relaciones sociales, no solo entre aquellos más próximos, sino también entre quienes tienen responsabilidades institucionales. Aunque en los espacios y ámbitos en los que se desenvuelve nuestra vida cotidiana haya discrepancias, desencuentros y oposiciones de muy diferente naturaleza, es importante que no se transformen en enfrentamientos innecesarios, lo que supone simplificar de manera hemipléjica nuestra vida moral. Necesitamos un **ethos dialógico y una cultura del diálogo y la fraternidad**.
2. El valor del diálogo en la reciente vida de la Iglesia (sobre todo desde el Concilio Vaticano II hasta Francisco) es tan importante que nos lleva a no transformar los desencuentros en contradicciones insalvables, más bien al contrario: la **renovada cultura del diálogo y la fraternidad** nos ayuda a unir, reconocer y realizar prácticas para la **cultura del encuentro y la mediación**. A diferencia



de quienes plantean la mediación como negociación, cálculo sin escrúpulos, simple regateo o equilibrio de utilidades, cuando es fruto del diálogo sincero, también fomenta y promueve ámbitos de reconciliación, perdón y paz.

3. A partir de aquí, reconocemos el diálogo como práctica social que puede realizarse en diferentes ámbitos de la vida cotidiana o espacios institucionales, convirtiéndose en una referencia fundamental en la búsqueda del bien común.
4. El diálogo y la mediación sincera pueden ser prácticas fundamentales en nuestra vida familiar y vecinal porque nos ayudan a resolver las discrepancias, divergencias y conflictos de la vida cotidiana. Sabemos que la práctica del diálogo no sólo nos ayuda a limar las aristas de la difícil convivencia, sino que facilita el clima y las posibilidades para emprender iniciativas de cooperación, mediación y trabajo conjunto. Además de ser una práctica sanadora, también es una práctica cohesionadora porque facilita iniciativas duraderas que no se limiten a proyectos inmediatos de corto plazo sino a proyectos de larga duración en el tiempo que generen ilusión y esperanza en iniciativas familiares, vecinales o ciudadanas. Partiendo de esta consideración fundamental, hablamos del “**diálogo social**” como espacio de relación y comunicación que debe orientar el conjunto de nuestras prácticas sociales.
5. Cuando esta práctica alcanza al conjunto de la comunidad política, esto es, a los representantes sociales, políticos e institucionales, entonces descubrimos un ámbito de gran valor que llamamos “**diálogo político**”. Además de reconocer que partidos, sindicatos y organizaciones de representatividad política (parlamentos, comisiones, órganos institucionales...) pueden ser ámbitos apropiados para visibilizar el valor del diálogo para la convivencia, también es importante que lo promuevan como práctica de ejemplaridad con la que promover el bien común. Recordemos que el necesario reconocimiento de la pluralidad social y política está moralmente asociado al valor del diálogo dentro de las propias organizaciones, entre ellas y en conjunto del funcionamiento institucional. El diálogo no sólo se convierte en una referencia o práctica cotidiana sino en virtud fundamental que permite fortalecer el pluralismo político. Cuando el diálogo se convierte en virtud cívica y política no anula las diferencias o la legítima pluralidad, sino que vertebrata el pluralismo.
6. También es importante descubrir y reconocer el valor del **diálogo interconfesional**, es decir, como práctica entre personas o comunidades sociales que profesan confesiones religiosas diferentes. Además de ser una práctica que puede evitar malentendidos y conflictos en la vida cotidiana, es una condición necesaria para promover iniciativas *interconfesionales* o *transconfesionales* que promuevan la justicia, la paz y el cuidado integral de la creación. Este diálogo *transconfesional* o *interconfesional* no solo se concreta en el nivel global de los grandes líderes religiosos, sino que tiene niveles locales y de



proximidad a los que debemos prestar atención. En algunos casos concretos como los de las personas migrantes y refugiadas, para que las prácticas de acogida se conviertan en prácticas de integración, el diálogo *interconfesional* es un ámbito fundamental.

7. En este contexto, no podemos olvidar el **diálogo por la paz** como ámbito necesario y urgente que reclama nuestra atención. El diálogo no sólo puede ayudar a clarificar o reconocer el valor de legítimos intereses diferentes, sino contribuir a que las discrepancias o diferencias sean analizadas mediante la comunicación y la mediación sincera, la negociación y la promoción de iniciativas para el reconocimiento mutuo. Desde cada uno de nuestros ámbitos y niveles, este diálogo por la paz es una referencia fundamental que debería hacerse presente en las convicciones que orientan nuestra forma de pensar, sentir y obrar.
8. Estos ámbitos o espacios de diálogo ganan autenticidad y credibilidad social cuando promovemos el **diálogo eclesial**. En nuestros diferentes ámbitos eclesiales o parroquiales, el diálogo es una práctica fundamental para conocernos mejor a nosotros mismos, reconocer nuestras diferencias o discrepancias y evitar los conflictos. Este diálogo eclesial no sólo contribuye a reconocer el valor de los propios carismas, las propias parroquias o las propias organizaciones de las que formamos parte, sino que puede ser una oportunidad privilegiada para construir nuevas estrategias de evangelización. El camino de la sinodalidad emprendido recientemente por la Iglesia es una oportunidad para dotar de credibilidad a nuestro compromiso cotidiano por una cultura del diálogo.
9. Entre los ámbitos y espacios de diálogo no podemos olvidar al mundo de la educación o la cultura. Aquí nos encontramos con personas que desconocen



el cristianismo o que, por diferentes razones, han construido sus proyectos de vida de espaldas al cristianismo. Podemos hablar del necesario **diálogo educativo y cultural** como propuesta de discernimiento para promover juntos iniciativas de justicia, paz, bien común y cuidado integral de la creación. Esta dimensión educativa y cultural del diálogo es cada vez más importante en una sociedad interconectada, sometida a procesos de globalización y digitalización. En este horizonte cultural, este diálogo educativo y cultural no sólo nos puede ayudar a mejorar los niveles de comunicación entre personas y comunidades. También nos puede ayudar a promover una renovación de las tradiciones sociales, culturales y religiosas que evite las diferentes formas de despersonalización, aceleración y deshumanización.

10. Un escenario clave de diálogo se manifiesta en los ámbitos del cuidado de la casa común. Es necesario “potenciar de manera urgente un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos” (LS,14). El encuentro con los diversos movimientos ecologistas, la escucha crítica del discurso científico y el diálogo interreligioso son espacios privilegiados para avanzar en el cuidado de la madre tierra.



Preguntas para la reflexión y debate

I.- Cuestiones sobre el contexto actual

1.1. Una sociedad inmersa en numerosas polarizaciones y desencuentros

1. En lo que afecta a la situación socioeconómica, ¿qué fracturas se están abriendo en nuestra sociedad de cara a la participación de todos?
2. Respecto al ámbito político y cultural, ¿cuáles son las señales más evidentes de polarización?
3. Sobre la vida cristiana, ¿se constata que la identidad cristiana está afectada también por la polarización excluyente?
4. ¿Cuáles son las causas más importantes de estos desencuentros? ¿Son causas históricas, circunstanciales o intencionales?
5. ¿Reconoces las situaciones de división y desencuentro en los espacios de tu vida cotidiana?
6. ¿Cuáles son las necesidades más evidentes de diálogo en nuestra sociedad?
7. ¿Cuáles son los signos de la polarización en la esfera pública? y ¿cómo afectan a las instituciones?
8. ¿Participan los jóvenes de este clima de confrontación? ¿Cómo les afecta?
9. Subrayar los signos de descarte en el diálogo (y sus causas) que se están dando en nuestra sociedad.

1.2. Una sociedad con sed de diálogo y sentido

1. ¿Qué reflexión te sugiere que el diálogo es una necesidad antropológica?
2. ¿Reconoces en algunas actitudes de la gente que te rodea la sed de diálogo y sentido?
3. ¿Qué factores podrían facilitar el diálogo?
4. Si tuvieras que promover iniciativas de diálogo o concordia, ¿por dónde empezarías?



5. ¿Cómo puede impulsar la Iglesia el diálogo en la sociedad?
6. ¿Puede ser la Iglesia sinodal una escuela de diálogo y para el diálogo?

II.- Condiciones y criterios para el diálogo

1. ¿Compartes las condiciones y criterios para el diálogo del documento? ¿crees que podemos incluir alguno más?
2. ¿Habría algún criterio más determinante para promover el diálogo social, político y cultural? ¿Por dónde empezarías en tus ambientes?
3. ¿Crees que la Iglesia pone en práctica estos criterios para su presencia en la vida pública?
4. ¿Cuáles son los rasgos más importantes del diálogo en el objetivo del bien común?
5. Tal como ha subrayado el pensamiento social de la Iglesia, el diálogo se alimenta también de silencios y sufrimientos, y de las experiencias que viven dicha situación (Fratelli tutti, 50). ¿Podemos destacar situaciones y personas que estén construyendo este diálogo en estas circunstancias?

III. Ámbitos y espacios para el diálogo

1. ¿Qué ámbitos y espacios añadirías a los señalados? ¿Crees que falta algún ámbito social, cultural o teológico que mereciera la pena reseñar?
2. ¿Qué ámbitos y procesos consideras más relevantes para fomentar la cultura del encuentro?
3. ¿Por dónde deberíamos empezar en las parroquias, movimientos y comunidades cristianas? ¿Todos deberíamos empezar por el mismo ámbito? ¿Hay alguno especial que consideras especialmente relevante?
4. ¿Qué le pediríamos y que aportaríamos al diálogo político para lograr una convivencia constructiva del bien común?
5. ¿Cambiarías el orden que propone el documento? ¿Por dónde deberíamos comenzar? En tu vida cotidiana y espacios de proximidad, ¿qué consideras prioritario? ¿coincidirías con tus amigos, tu familia y tu parroquia?...
6. Desde nuestra identidad cristiana, ¿qué pasos deberíamos impulsar, junto con otros cristianos, para testimoniar juntos el amor de Cristo hacia el prójimo y defender la dignidad inviolable de toda persona?
7. ¿Qué espacios de diálogo eclesial debemos apoyar para fortalecer nuestras comunidades y construir nuevas estrategias de evangelización?
8. ¿Cómo construir, desde el punto de vista educativo y cultural, propuestas de justicia, paz, bien común y cuidado integral de la creación?



Oración

Nos ponemos en actitud orante

Los cristianos no podemos vivir como si fuéramos una realidad ajena a este mundo. Debemos caminar junto con la sociedad actual y ello implica esforzarnos por abrirnos a todos, por ser una Iglesia que escucha, dialoga y acompaña. Es necesario, sin renunciar a la propia identidad ni a la fidelidad del Evangelio, propiciar un ambiente de libertad y de reconocimiento para mostrar el rostro misericordioso de Dios, romper la polarización y construir puentes inclusivos, en definitiva, contribuir a la realización del bien común. Esta presencia dialogante puede ayudarnos a escuchar la voz de Dios en la vida social para atender mejor los desafíos que nos plantea.

Escuchamos la Palabra de Dios

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos (Hb 1, 1-2)

(Silencio meditativo).

Oramos con la Encíclica Fratelli tutti.

1. *“Podemos buscar juntos la verdad en el diálogo, en la conversación reposada o en la discusión apasionada” (FT,50).* Que el Señor nos conceda buscar juntos la verdad por los caminos de la escucha sincera y el diálogo honesto para superar las polarizaciones y tender puentes inclusivos. Roguemos al Señor.
2. *“Que todo ser humano posee una dignidad inalienable es una verdad que responde a la naturaleza humana más allá de cualquier cambio cultural” (FT, 213).* Para que todos trabajemos por el reconocimiento de la dignidad y derechos de todo ser humano favoreciendo una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro. Roguemos al Señor.



3. *“Así como no hay diálogo con el otro sin identidad personal, del mismo modo no hay apertura entre pueblos sino desde el amor a la tierra, al pueblo, a los propios rasgos culturales”* (FT, 143). Que pensemos y gestemos un mundo abierto y fraterno abriendo el corazón al mundo entero y respetando la diversidad y la pluralidad. Roguemos al Señor.
4. *“El diálogo persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, mucho más de lo que podemos darnos cuenta”* (FT, 198). Por los pueblos y naciones que sufren los horrores de la guerra, para que recobren la paz y obtengan la tranquilidad y la libertad. Roguemos al Señor.

Padrenuestro...

Oración por el Diálogo

Señor Dios, te alabamos y te glorificamos por la belleza de este don que se llama diálogo.

El diálogo desata los nudos,
disipa las suspicacias, abre las puertas,
soluciona los conflictos, agranda a la persona,
es vínculo de unidad y madre de la fraternidad.

Haznos comprender que el diálogo
no es una discusión ni un debate de ideas,
sino una búsqueda de la verdad
entre dos o más personas.

Haznos comprender que mutuamente
nos necesitamos y nos complementamos
ya que yo puedo ver lo que los otros no ven
y ellos pueden ver lo que yo no veo.

Señor Jesús, cuando aparezca la tensión,
dame la humildad para no querer imponer
mi verdad atacando la verdad del hermano,
saber callar en el momento oportuno,
saber esperar que el otro termine
de expresar completamente su verdad.

Danos, Señor Jesús, la gracia de dialogar.

(Oración elaborada por José Baena, Consiliario General de Acción Católica Obrera)

Semanas Sociales



COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA
PASTORAL SOCIAL Y PROMOCIÓN HUMANA
Subcomisión Episcopal para
la Acción Caritativa y Social

